

EL SÍNTOMA DEL HÉROE CONTEMPORÁNEO

Luis Eduardo Cárdenas Valencia¹

Occidente se ha petrificado en una sola imagen y la cultura se ha vuelto estática al repetir el mismo discurso identificado con un heroísmo que se impone sobre los modos de ser y vivir en la relación consigo mismos y los demás. Se exalta la figura de un héroe bárbaro y conquistador que es capaz de transformar con el toque de su espada, su brazo fuerte y su voluntad de acero, y que trasciende las incontables luchas que se desenvuelven mientras yacemos dormidos y despiertos; aquéllas no sólo donde la sangre literalmente se desborda de un cuerpo agonizante, sino luchas contra la enfermedad, contra lo denominado “problema” y contra todo aquello que no es deseado por el Ego de hoy en día. Y con esta postura eternizada y petrificada frente a la vida y su devenir en el tiempo, ¿qué consecuencias trae para el individuo, que es héroe protagónico de su propia historia, y para la cultura que lo acoge como hijo suyo?

Las luchas contra el cáncer, las odiseas en contra de los temores y las enfermedades, y aquéllas en contra de la discriminación y la muerte, por sólo mencionar una mínima parte, aclaman casi que a gritos la necesidad de ver la derrota del enemigo, quien es necesario para motivar la barbarie y enunciar que no hace parte de esas formas que configuran la sociedad actual con la excusa de promover el bienestar, la felicidad e incluso la paz. Hasta los discursos que expresan la integración en el ser humano de todo aquello que lo perturba, para ser mejores personas, ocultan un deseo de superación del Ego y de victoria del mismo

¹ Psicólogo, Universidad de Antioquia. e-mail: akilazuli@gmail.com

sobre todo aquello que se atraviesa e interfiere a sus caprichos. La luz ha declarado la guerra en contra de la oscuridad.

Esta postura se ha ido configurando en el devenir de la historia a partir de la emersión del Yo y su recubrimiento en torno a la cultura patriarcal, en donde existe la diferenciación de lo uno y de lo otro intermediados por relaciones donde sus protagónicos son el poder, la derrota y la victoria sobre el otro. Un momento posterior a cuando la Unidad Primordial que era el *Uno* en los pitagóricos, comenzó a dividirse y a convertirse en *Dos*, dándole lugar a la aparición de la otredad. Y es a partir del patriarcado que se presenta un quiebre enmarcado en la sustracción y el dominio que transforma la *diferenciación* en *escisión* de lo primigenio. Así que durante este apartado se esbozarán los pasos a partir del patriarcado y la construcción del deber ser como acuerdo social, como también su recalcitrante apropiación por parte del individuo, lo cual ha generado la inmovilización en torno a la figura de lo heroico, desatando además la imagen de lo bestial que apoya a reafirmarse el sino de aquel guerrero.

El individuo contemporáneo, estático por el ideal de un héroe igualmente coagulado, que se ha apropiado a tal nivel de la fuerza, las conquistas y las batallas, es resultado de las formas de relación que atraviesan los vínculos con lo interno y lo externo, y que evidencian la *Persona* que intentamos ser, como individuos y como sociedad, como también exponen los grandes temores y las imágenes que están siendo negadas para permanecer con los ojos encandilados por una ilusión.

Jung (2007) se refiere a la *Persona* como ese arquetipo ligado con la configuración social que, a modo de acuerdo en su contenido, recubre al individuo y otorga las características respecto al *parecer* dentro de su relación con el otro, fomentando en el hecho de asumir la identidad que permite un consenso con la

otredad para diferenciarse pero también para homogenizarse y nombrarse como parte de ella, pues no sólo implica una apariencia en torno a lo sensible sino también el comportamiento que está ligado con el entramado cultural que delimita lo que se debe hacer y lo que no, pasando también sobre aquella construcción de lo que se debe ser y lo que no.

La *Persona* es un recorte de la psique colectiva (Jung, 2007), que hace parte de un fenómeno de lo humano en cuanto ser social, pero que implica la construcción y el acuerdo entre lo considerado propio y ajeno, entre lo admisible y lo inaceptable, enmarcando la identidad y la unicidad en términos individuales y como agrupación colectiva. El Yo entonces se encuentra como mediador entre las imágenes que configuran lo propio como individuo, pero también aquello que lo determina como integrante de una sociedad y de un suelo colectivo que evoca todo el potencial de lo humano, con lo cual emerge el riesgo de parcializarse, alienarse y con-fundirse con la masificación social al guiarse solamente por sus dictámenes homogéneos, sin mencionar el gran peligro de no encontrarse a sí mismo en medio de toda la amalgama de imágenes que nos circunscriben y perderse en la infinitud misma de la psique.

Y he aquí una problemática en torno a la *Persona*, pues si bien ésta es un arquetipo en sí y su presencia es inherente a lo humano, su exaltación y sobreactuación en medio de la parcialización de su origen, da cuenta de una parte del síntoma que en estas palabras se pretende evidenciar, pues con la construcción de una única personificación (de una única *Persona*) y considerándonos unívocamente héroes inmersos en una lucha eterna en pro de la vida eterna, la normalidad, la salud o la felicidad, el individuo está limitado por sus características, dejando a un lado todo un potencial psíquico para resumirlo en una afirmación inamovible que es el *Ser*, agregando además el riesgo de adherirse a sus

características y perder el horizonte en torno a la individualidad. Así, ésta se ve amenazada por la alienación en la masa social que, mientras más grande, más fácil le resulta ahogar el componente individual de cada sujeto y su “relativa libertad, y por ende, la posibilidad de la responsabilidad consciente.” (Jung, 2007, p. 173). La demarcación de la *Persona* evidencia un territorio por el cual el individuo se puede movilizar, pero se contrasta con uno que es intocable y se convierte en tabú y pecado; además que, mientras más estrecha es la delimitación de lo admisible, más tortuosa se convierte la relación entre el individuo con las imágenes que no son consideradas parte de su propiedad.

Así que se ignora el hecho de *Estar Siendo*, el gerundio desaparece de la expresión de la existencia y su devenir en el tiempo, pues la eternización de la *Persona* se enfoca en noquear el paso del reloj para establecer una seguridad que se asemeja a la inmortalidad. Como expresa Hillman (1992), lo exterior y lo público se consume lo interior y privado al convertirlo todo en una sola imagen, por lo que al individuo se le ha adherido un rol del cual no puede salir.

Y si bien la apariencia con que la *Persona* se manifiesta puede cambiar en innumerables formas, su estructura sigue siendo la misma; la de un paradigma guerrero que configura nuestra relación con el mundo de lo otro, pues la cultura occidental ha escogido portar una máscara con esas características que se fundamentan en la guerra y la aniquilación de lo otro para reafirmar lo propio. Como menciona Vélez (2000), esta cultura da cuenta del espíritu de una época bélica que se expresa por medio de la subyugación, la discriminación y la segregación de la alteridad que aparece como desconocida, misteriosa y tenebrosa, y con estas características, la *Persona* estaría moldeada por un aire impermeable y resistente al contacto y al cambio.

Por este motivo el problema, si es que hay alguno, no recae sobre el hecho de que exista la Persona, sino que la apropiación de sus características bajo el discurso cultural de occidente dificulta el intercambio y la interacción con aquellos elementos que están por fuera de las identificaciones. Se ha intentado eternizar la misma Persona y su poder de contención se ha magnificado, justificándose la normalidad como estabilidad y quietud cuando se está relegando todo aquello que no hace parte de estos estándares en torno a la norma y el deber ser.

Es entonces el paradigma de relación entre lo considerado propio y lo determinado como ajeno y diferente, aquello que se encuentra manchado con la guerra que proviene del ímpetu patriarcal. La *Persona* se ha recortado de la psique colectiva con odio ante lo diferente y por esto mismo se coagula y se resiste al cambio, pues éste implica el contacto con ese mundo desconocido y aterrador que es el *Otro*.

El patriarcado es el fundamento de esta relación tiránica sobre lo materno y lo filial que se basa en el poder, en la autoridad y la dependencia (Naranjo, 1993), afectando las imágenes de lo materno y lo femenino, olvidándolas y sometiéndolas por medio del derramamiento de sangre y lágrimas de todo eso que va configurando la otredad. La *Persona* y la identidad que tenemos como individuos y como sociedad, está permeada por esa relación sanguinolenta que ataca lo incomprendido al vislumbrarlo como la encarnación del mal.

Si los contenidos de este arquetipo implican aquello que a nivel social es lo admisible y lo que se mantiene en el ideal de lo que debería ser, el componente que contrasta con ésta, lo sombrío y demoníaco, es proyectado en el mundo de lo otro; y a partir de la guerra sobreactuada aprendida del patriarcado, lo más sensato es esperar una relación brusca e irrespetuosa con todo aquello que se nos enfrenta como desconocido y que no se parece a lo propio.

Pero a partir de la explotación del patriarcado y de la configuración de una imagen unívoca con la cual identificarnos, no sólo ha sufrido lo materno y lo femenino, sino que todas las imágenes están siendo amenazadas por la eternización de una sola forma de vivir, de pensar, de sentir, de percibir e intuir. El hombre, lo masculino, la infancia, la muerte; éstas como otras tantas, como también lo materno y lo femenino, se han ido patriarcalizando y se han inmovilizado para dejar de ser símbolo para ser signo, sustituyéndose la posibilidad de la conjunción por la disyunción coercitiva de un solo sentido. Y hasta en esta misma lógica la relación con el padre y el patriarcado se ha desmoronado para sólo hablar de una cuestión de sometimiento y coerción, olvidándose, negándose y nublandose el acto de la diferenciación en torno al reconocimiento y el ímpetu de lo masculino más allá de su literalización en la barbarie sin sentido.

Así que las formas con que se manifiesta la *Persona*, y el *parecer* que de ella se obtiene, pueden cambiar pero mantienen ese estado unidireccional que ha emergido por la invasión del nombre del Padre, malgastado por demás, en la cultura. Se mantiene la estructura que dio forma a esa diferenciación que es más bien escisión, pues reafirma lo propio a partir de la subestimación y aniquilación de lo diferente. La sobreactuación de la guerra es la base de esta relación, y la búsqueda de un *futuro mejor* a partir de su aniquilamiento sería permanecer bajo la misma lógica paradigmática, lo cual ha sido el motor ilusorio de la búsqueda de algo mucho más inasible, la paz.

Pues muchas expresiones se refieren a abolir instituciones como la religión, el estado y las fuerzas armadas, pero su énfasis sólo demuestra el odio que de por medio invoca al dios de la guerra para encontrar un mundo soñado con las mismas herramientas con que se ha construido la actualidad. Sólo conocemos una forma de jugar, una cacofonía copiosa del derrocamiento del otro y la resistencia temerosa

ante la destitución de sí mismos ante el otro, algo que aconteció en los tiempos de siempre con figuras como Urano, Cronos o Zeus, y que ahora se condensa en una sola propuesta que se erige y sostiene para evitar el triunfo del mal, la idea monoteísta (Hillman, 1999), siendo ésta tomada no sólo como religión sino como estructura polarizada que no permite la conciliación y donde la aniquilación y victoria de uno de los dos bandos es la única solución. Respecto a esto Hillman (2010) agrega para referirse a la influencia del monoteísmo en la psicología:

Si tu psicología hace uso de nombres como ambivalencia, *ego* débil, escisión, quiebra... fronteras vagas y mal definidas para condiciones del alma, temibles y oscuros trastornos, una vez más eres cristiano, pues en esos términos reside la insistencia de una autoridad unificada, poderosa y central. [...] Eres cristiano también cuando confías en que la resurrección de la luz, y no la irremediable tragedia o la simple mala suerte, está detrás del infortunio humano. [...] No podemos escapar a doscientos años de historia: somos historia encarnada, cada uno de nosotros arrojado por las violentas olas de aquel entonces en las occidentales costas del aquí y el ahora. (p. 216)

Esto no implica necesariamente un error que deba ser remediado, pues de ser así manejaría la misma lógica que el autor expone. Además, no es el momento para profundizar en torno a la guerra y al monoteísmo, ni cuestionar si es tan necesario el cese de éstos como lo expresan tantos discursos sociales; sin embargo, es importante tener en cuenta que esta afanada búsqueda de la paz y la armonía a partir del cese de la guerra, o de aquello que es visto como problema, evidencia en su trasfondo la misma estructura que busca olvidar y omitir lo que es considerado como inadmisibile, malo y erróneo. Y la guerra, como manifestación y fenómeno, como síntoma social, como expresión encarnada de Ares; las muertes y el

padecimiento del ser humano, están encaminados a esa apropiación monocromática de una sola manera de ser.

Pero si el discurso patriarcal tiene lugar desde tiempos remotos y el padecimiento permanece en medio de luchas, sangre y ahogamientos de tantas voces, ¿significaría esto que la humanidad se ha hipnotizado en una repetición incansable y vertiginosa que no hace sino reafirmar una y otra vez que en nosotros yace aquello de lo que siempre nos quejamos? ¿Será que somos la bestia de nuestras propias conquistas y el pecado de nuestras santas expediciones?

Con lo que llevamos hasta ahora se puede evidenciar una brecha creada entre lo propio y lo impropio, entre la configuración de una identidad de la Persona, del hecho de ser individuo en la sociedad, y el odio desatado para diferenciar esas dos estancias como el día y la noche, de manera polarizada sin matizar ni conjugar. Se ha presenciado la exageración y desgaste del nombre del Padre a partir del patriarcado como estructura que se ha estancado en la motivación a partir del odio y la intolerancia ante lo distinto y enigmático, un odio que se manifiesta como conquista para iluminar lo oscuro y controlar lo incomprendible. Pero, de toda esta disyunción expresada en palabras, ¿dónde tiene el síntoma y el padecimiento humano un lugar?

El héroe tiene en su viaje una estructura de descenso para aprender y nutrirse del mundo inferior y desconocido; zarpa a partir de la detección de una falta para ser engullido por la obscuridad, para enfrentarla y obtener así la recompensa por su sacrificio (Campbell, 2006), pero el modelo heroico que ha sido recortado para identificar a la sociedad contemporánea de occidente introduce a un individuo “inevitablemente masculino y desdichadamente ‘macho’” (Noel, 1993, p. 181), con lo cual se enfrenta para conquistar los terrenos inexplorados,

para controlar y dominar lo misterioso, olvidando la humildad característica del héroe que desciende a una oscuridad más grande que sí mismo.

“El héroe debe hacer a un lado el orgullo, la virtud, la belleza y la vida, e inclinarse o someterse a lo absolutamente intolerable. Entonces descubre que él y su opuesto no son diferentes especies, sino una sola carne.” (Campbell, 2006, p. 103) Pero el héroe de hoy quiere atravesar la vejez sin una sola arruga, vencer la depresión sin haber soltado una sola lágrima y enfrentar la desdicha esbozando una sonrisa constante, siendo incapaz de inclinarse ante el reconocimiento de su falso poderío o de honrar al enemigo que aparentemente ha derrotado.

Entonces el síntoma emerge en forma de herida, recordando “la constante búsqueda de algo, la intuición de una meta nunca alcanzada.” (Guggenbühl-Craig, 1992, p.127), y en medio del padecimiento el individuo identificado con el héroe invencible espera salir invicto con la esperanza de recobrar el poder perdido, encontrando indefectiblemente la frustración de su capricho insensato. Justamente, el síntoma aparece como una fuerza más allá de la voluntad del individuo, como una manifestación de lo que yace al otro lado de esa escisión tajante, como un intento de expresión de aquello que ha sido acallado, como una solución a la coagulación instaurada.

Porque es el otro lado, aquello llamado tiniebla, inconsciente, averno o penumbra, lo incomprendido que intenta mantenerse a lo lejos y que se manifiesta a partir de lo sintomático. Es entonces la tajante insistencia en permanecer compactos en una sola imagen lo que aleja al conglomerado de imágenes que configuran la totalidad de la vida, de lo humano. Es un intento por mantener mudo lo que siempre se habla, por mantener quieto lo que siempre se mueve; es la terquedad por desatender las voces del alma, de aquel potencial no reconocido que yace al otro lado.

El Yo, como héroe, ha emergido de las aguas de lo inconsciente, se ha diferenciado de sus dominios para proclamarse como entidad central y gobernante (Stein, 2004); se ha revestido con la luz como *Persona* que le fortalece y le diferencia de la oscuridad y del caos del principio de los tiempos. Sin embargo, la diferenciación se ha distanciado para convertirse en un exilio impermeable, y la hermandad con la oscuridad de los principios resulta en occidente neciamente denegada.

Así que si occidente se mantiene petrificado en una imagen identificada con un héroe combatiente y colonizador, que intenta responder a lo que le acontece como un reto a superar, y ve lo distinto y misterioso como enemigo a derrotar, el síntoma obtiene la forma de bestia, es el malestar que derrumba su dominio y su *status quo*, es el demonio que emerge del averno y motiva la batalla, pero que al final es el reclamo de reconocimiento luego de un eterno momento de olvido. (Hillman, 2004)

Esa coagulación unívoca desencadena el movimiento del mundo de lo desconocido, de lo oscuro y lo inconsciente; es la terquedad del ego la que provoca el movimiento que el síntoma proclama y que es visto como derrumbe y problema. El síntoma intenta recordar lo efímero del poder del individuo junto con la humildad que el héroe debe vivenciar para transformarse, es la compensación del inconsciente ante la parcialización de la consciencia, es la re-unión con la totalidad de la psique. (Jung, 2007)

Así, el síntoma es un intento de cura, “la enfermedad es también una forma de solución para acabar con el problema de la vida” (Jung, 2008), pero una cura que va más allá de lo percibido como capricho del individuo ante lo que considera como adecuado; es una cura para el alma para poder ser atendida y reclamar su lugar sobre el egocentrismo que busca el poder y la supremacía. ¿Es acerca de eso

que habla la responsabilización?, pues la responsabilidad en torno al padecimiento es realmente propia, al llegar a reconocer esa forma de relación configurada a partir de lo patriarcal y coercitivo, que ha dado nombre de demonios a aquellos malestares que no sólo nos poseen en las noches, sino que reclaman su lugar en medio de la eternidad que yace entre un parpadeo, asombrándonos con su imprevista visita como corte transversal en el tiempo.

Lo sintomático entonces aparece como personificación del mundo de lo oscuro y lo impropio que se encara con la propia *Persona*, con el *Ego* y su recubrimiento social; va más allá de lo individual y habla del estado de nuestra sociedad, de la coerción y la guerra disimulada que el que se nombra enfermo intenta enfrentar para aniquilar y ser el victorioso ganador de la salud y la felicidad. Pues no sólo la muerte intenta ser separada del discurso de manera literal, no sólo la literalización de Plutón como el final de lo vivo se intenta ver cada vez más distante, sino que toda variación y cambio por fuera de la voluntad encaprichada comienza a presentarse como sinonimia de enfermedad y trastorno que necesita reencausarse a esa gran *Persona* configurada bajo el nombre de la escisión.

También, es imagen amorfa y desencadenada que busca encontrar un sentido a partir de su emersión e irrupción en la consciencia, es evidencia del potencial que yace en la amalgama caótica de la negrura que busca lugar para ser nombrado y que, como la guerra, “reclama sentido, y sorprendentemente también otorga sentido, un sentido hallado en medio de su caos.” (Hillman, 2010, p. 21)

El síntoma es el abrir de la tierra cuando Hades irrumpe la tranquilidad de la bondadosa y pura Perséfone (la Coré) para raptarla y alimentarla con lo nutricio que emerge de las profundidades; es el incomprendido, acusado como agresor de un idilio sostenido por la denegación; es el más allá que habla tanto de lo lejano

como de lo subterráneo e insondable, y que nutre en cuanto mata y transforma las identificaciones que se recubren temerosamente en un dominio y falso exilio, pues el padecimiento es el llanto y la furia de Deméter tras la negación y resistencia ante lo inevitable.

Asimismo, la petrificación de Occidente en una sola imagen tiene el centro de la atención ante el padecimiento del hombre que se ha apropiado del patriarcado en tal medida que desconoce qué más puede haber fuera de su mando, no sólo en los tiempos contemporáneos sino también mucho tiempo atrás. El aliento del Padre unívoco ha coagulado el infinito abanico de posibilidades en torno al devenir de la existencia para capturarlo y condensarlo en una sola forma de ser, que perdure y se eternice a pesar de las inclemencias de un tiempo que intenta movilizar y transformar. Se ha paralizado la cara del hombre y detrás de ella yacen las voces del alma que intentan retumbar el mundo superior para ser atendidas como merecen; que el síntoma sea el enemigo de la sociedad es sólo un punto de vista.

Por este motivo, el individuo como héroe de su propia historia se encuentra demarcado por un discurso que es más antiguo que sí mismo; es víctima de un destino pero también victimario irresponsable, que de igual manera repite a modo de herencia sometiendo lo que le parece extraño, amenazante e incontrolable. Por este motivo, en contraste con la búsqueda de eternizar y materializar el “para siempre” de un final feliz, el síntoma es la consecuencia que aparece, *a-sombra* y agrieta como silencio innombrable que se escapa del sentido de la lógica occidental, no sólo a nivel interno, sino en lo externo y palpable de las relaciones, pues retumba y moviliza todo aquello que se niega a transformarse, detiene lo hiperactivo y embadurna en *espera* lo que insiste impaciente. Emerge entonces de un mundo que intenta ser acallado a partir de la omisión y el prejuicio, recordando

la herida que determina el origen humilde de lo humano y reafirma lo dudoso de esa voluntad férrea y perenne; ello en consecuencia de una postura recalcitrante de un héroe que sigue engeguedo un solo camino, que en medio de su oración repetitiva y de incansable autoafirmación, escinde en lugar de diferenciar y deniega en lugar de re-conocer, todo aquello oculto bajo una *causa noble* que lo convierte en víctima de sí mismo.

Referencias bibliográficas

- Campbell, J. (2006). *El héroe de las mil caras: Psicoanálisis del mito*. México: Fondo de cultura económica.
- Guggenbühl-Craig, A. (1992). *Poder y destructividad en psicoterapia* (2a ed.). Caracas: Monte Ávila.
- Hillman, J. (1992). *El mito del análisis*. España: Siruela.
- Hillman, J. (1999). *Re-imaginar la psicología*. España: Siruela.
- Hillman, J. (2004). *El sueño y el inframundo*. Barcelona: Paidós.
- Hillman, J. (2010). *Un terrible amor por la guerra*. Madrid: Sexto Piso.
- Jung, C.G. (2007). *Dos escritos sobre psicología analítica*. (Vol.7). Madrid: Trotta.
- Jung, C.G. (2008). *Sobre el amor* (3a. ed.). Madrid: Trotta
- Naranjo, C. (1993). *La agonía del patriarcado*. España: Kairós.
- Noel, D. (1993). Re-visionando el héroe. En Downing, *Espejos del Yo: imágenes arquetípicas que dan forma a nuestras vidas* (pp.179-186) Christine Downing (Comp.). España: Kairós.
- Stein, M. (2004). *El mapa del alma según C.G. Jung*. Barcelona: Luciérnaga.
- Vélez, M. (2000). *Los hijos de la gran diosa: psicología analítica, mito y violencia*. Medellín: Universidad de Antioquia.